

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Congreso estatal

ANTE el alud de comentarios sobre el congreso de un partido pletórico de autoridades oficiales, es necesario parapetarse en ciertas obviedades que la transición ignora. En un partido, que es una organización voluntaria de poder, nadie está a la fuerza. Lo que ocurre en su seno debería ser asunto doméstico de los que han querido someterse a la disciplina de sus reglamentos o a la arbitrariedad de sus dirigentes. Allá ellos si las prácticas internas emanan, según el grado de autoestima de los afiliados, de métodos democráticos, cosa que jamás ocurrió en la historia de un partido de masas; de pactos oligárquicos, como en los partidos liberales y socialistas; o de jefaturas carismáticas como en los partidos fascista y comunista. La intimidad de la organización es una cuestión ajena al resto de la sociedad. Que sólo puede verse afectada, a través de los votantes, por la actuación del partido de puertas afuera. La formación de la voluntad política y la designación de dirigentes en un partido escapan a toda posibilidad de control por la sociedad. De ahí la sensatez de aquella antigua costumbre que criticaba la conducta externa de los partidos, sin inmiscuirse en sus asuntos internos. Las reglas de urbanidad eran elevadas a criterio político.

Pero esta relación entre partido y sociedad, típica del Estado liberal y representativo, fue hecha trizas con el golpe de mano que dieron los partidos, a la muerte del dictador, para enquistarse en el Estado y no permitir el paso de la sociedad a la democracia política. Su estrategia fue sencilla. 1. Sustituir la libertad ciudadana, único motor legítimo de la constitución del poder político en el Estado, por un bastardo pacto de reparto (consenso constitucional) entre «jefes» traidores a la causa de la legalidad y de la clandestinidad que los había encumbrado. 2. Autoconstituirse en un oligopolio político mediante el sistema proporcional de listas de partido. 3. Repartirse los poderes estatales según la cuota electoral de cada partido. 4. Eliminar la competencia de nuevos partidos reservando la financiación del Estado y el control de los medios estatales de comunicación a los que ya tienen escaños. 5. Recluir la posibilidad de la democracia en el Estado a la que pudieran alcanzar los partidos en su vida interna. O sea, en la utopía. El brutal fraude de la Constitución convirtió a los partidos, que eran organizaciones voluntarias «de» poder, en propietarios mancomunados de la única organización forzosa «del» poder, que es el Estado. El congreso del partido gobernante adquiere así, en el Estado de partidos, el carácter estatal de un congreso prebendario de funcionarios.

Las vicisitudes internas del partido oficial alcanzan la dimensión, como en el régimen totalitario, de un acontecimiento de Estado. Por ello, aunque no seamos militantes o votantes, husmeamos en su congreso para oler, antes de tragárnoslo, lo que han cocinado las autoridades del Estado en el fogón casero del PSOE. Un perfume arrollador indica que el partido socialista ha roto su tradición oligárquica, instalándose en una jefatura al modo fascista. Aunque el suave aroma de los barones territoriales insinúa una debilidad carismática del líder y una pérdida de autoridad del Gobierno central en los autonómicos. Un olor acre se desprende de esos delegados que, al aprobar casi unánimemente la gestión de la Ejecutiva, han avalado y endosado a todo el partido la corrupción de su aparato. Pero la esencia básica es más bien tranquilizante. El partido oficial no tiene nada que ofrecer, en el terreno de las ideas, a una sociedad civil en crisis económica y moral, a una sociedad política sin confianza en el presente ni visión de futuro, y a un Estado en decadencia institucional y financiera. Sabiendo que un tonto solo puede ser peligroso si, además, es trabajador, no es difícil de intuir lo terrible de un partido estatal de corte caudillista si, además de corrupto, tuviera ideas.

TRIBUNA LIBRE

La rosa y el pesebre

[ABEL HERNANDEZ]

LOS más renovadores, incitados por Javier Pradera y Cebrián, querían un ajuste de cuentas y se han tenido que conformar con un ajuste de fuerzas y la incorporación de más ministros y mujeres. Pretendían cargarse a Guerra y Guerra sigue. Se habían remontado al Este del Edén, nada menos, y pintaban a Guerra con una quijada de asno en la mano y el estigma en la frente. ¡Miradlo, es Guerra, es Caín! No es verdad. Salvo que esta señal sobre la frente o más bien en los ojos de Caín sea como la que atribuye II. Hesse a «Damián»: «Probablemente fuera algo apenas perceptible, inquietante: un poco más de inteligencia y audacia en la mirada. Aquel hombre tenía poder, aquel hombre inspiraba temor. Llevaba una señal. La gente dijo que aquellos tipos con la señal eran siniestros; y, la verdad, lo eran. Los hombres con valor y carácter siempre les han resultado siniestros a la gente». Como a la fuerza ahorcan, éste ha sido un Congreso de transición y, desde luego, de transacción.

Alfonso Guerra ha sabido administrar bien sus silencios y ha plantado cara a Felipe González. En realidad se ha

enfrentado ferozmente a los aspirantes Serra, Solchaga y Solana «las tres eses» y, sobre todo, al poderoso Polanco, que mueve los hilos de la trama y que, como me decía el otro día un obispo relevante, ahora anda intentando desvenenar la COPE. Los guerristas han cedido despachos en el 33 Congreso, pero han ganado enmiendas. Cuando ocurra el

mos supervivientes de Suresnes, el histórico Enrique Múgica, hace tiempo desencantado de FG, se ha caído de la lista sin hacer ruido y sin amarrarse al pesebre como otros. Parece una mención obligada).

En uno de los primeros actos precongresuales, una reunión de alcaldes socialistas y de dirigentes del partido en Toledo, a la que asistió Felipe González, con Bono de maestro de ceremonias, el alcalde olímpico de Barcelona, Pascual Maragall, hizo probablemente la observación más atinada: «Tememos de demostrar que somos capaces de cambiarnos a nosotros mismos». Encomiable propósito, que se demuestra de imposible cumplimiento desde el poder. La necesaria renovación del PSOE sólo parece posible, como se ha demostrado en este Congreso, cuando pierda el poder. En esta ocasión, más que salvar el partido se ha buscado salvar intereses personales. A muchos, más que salvar la rosa les importa salvar el pesebre, dicho sin ánimo de ofender. Es humano y comprensible.

Sólo el miedo a perder el poder y el sustento explica el reforzamiento del liderazgo de Felipe González, que sofoca la libertad y vitalidad del partido, salvadas en esta ocasión en extremis por la actitud resistente y resentida de Guerra. La

A muchos, más
que salvar
la rosa
les importa
salvar el
pesebre

revés electoral, Guerra está en buena posición para quedarse con el sello y el tampón. Todos han salido pregonando que se había logrado un reparto equilibrado; pero lo cierto es que nunca, desde Suresnes, Felipe González había tenido que hacer tantos equilibrios en la cuerda floja. (Uno de los últi-

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

Lo que nos merecemos

Sr. Director:

Lo que pasa hoy en España no tiene nada que ver con que quien nos gobierna sea de derechas o de izquierdas. Lo que sucede hoy en España es obra de delincuentes comunes, sean éstos del color que quieran adornarse. Es raro el día que no aparece un ladrón o grupo de ladrones (hay que llamar a las cosas por su nombre) que dando a lo sustraído un calificativo más o menos legal se queda con el dinero que nos piden en la Declaración de la Renta. Cuando llega la fecha de dicha declaración nos amenazan con

lo que puede sucedernos si no somos buenos y les damos lo que piden, cuando por otro lado ese dinero se lo reparten como si de un botín de bandoleros se tratara.

Debo decir que soy comunista, sin filiación a partido alguno, y siento vergüenza de que quien gobierna hoy en este país se diga socialista, sólo me queda el consuelo de saber que lo dicen, pero no lo son.

JUAN DE DIOS PEREZ SUAREZ
Madrid

Contra el tratamiento por electro-shock

Sr. Director:

Al contrario de lo que se dice, en España la Psiquiatría utiliza métodos que, en numerosas ocasiones, han sido ocultadas bajo trapo y... en los informes clínicos. Métodos como el electro-shock son aplicados a

la casi totalidad de enfermos internados en un hospital psiquiátrico, con el único propósito de darle al paciente un nuevo y dócil estado de comportamiento.

Generalmente el electro-shock, provoca amnesia inmediata de espacios de tiempo que el enfermo no recordará jamás, acompañado de un fuerte aturdimiento y descoordinación del sistema motor, de esta forma el paciente por muy violento que anteriormente pudiera ser, se convierte en una persona mansa que no causará problemas ni ningún ruido dentro o fuera de la institución donde estuviera ingresado.

El problema se complica más, cuando el enfermo en algunas ocasiones es dado de alta y el problema de manutención por parte de las familias es muy compli-

cado, ya que mantener a una persona que se encuentra en estado catatónico e inútil es un trabajo demasiado duro y complicado.

Lo lamentable de esto, es que el enfermo seguramente no estuvo nunca tan enfermo, en la mayoría de los casos el motivo de buscar tratamiento psiquiátrico era una simple depresión, pero en el diagnóstico y en el historial clínico han ido apareciendo progresivamente nuevas etapas de empeoramiento, de depresión, psicosis maniaco depresivas, esquizofrenia, etc, etc... Total, que cuando alguien se dispone a ir al psiquiatra, está perdido. Es muy fácil que su vida jamás vuelva a ser la misma. Se lo aseguro.

SONIA DOMINGUEZ
Madrid